CONFERENCIA SÉPTIMA.

El sudor de Sangre.

Si sanguis taurorum, et cinis vitulæ aspersus, inquinatos sanctificat ad emundationem carnis; quanto magis sanguis Christi emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis ad serviendum Deo viventi?

Si la sangre de los toros, y la aspersion del agua mezclada con la ceniza de una becerra, santifican á los inmundos, purificando su carne; ¿cuánto mas la sangre de Cristo purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para hacernos tributar un culto verdadero al Dios vivo?

(Hebr. 9.)

Estas bellas palabras del Apóstol prueban claramente que el antiguo sacrificio judáico de la « ternera roja » era misterioso y profético, y representaba el grande, el inefable, el precioso sacrificio de Jesucristo.

La víctima era una ternera, y su sexo significaba, segun los santos Padres, la enfermedad de la carne de que el Verbo Eterno se habia vestido, supuesto que la hembra es el símbolo de la flaqueza como el hombre lo es de la fuerza. Por esta razon ha dicho san Pablo que Jesucristo fué crucificado y muerto segun la flaqueza de la carne, y que resucitó por el poder de Dios : *Crucifixus est ex infirmitate, vivit ex virtute Dei.* (II. Corinth.)

La ternera debia ser rojiza, pero sin tacha, y sin haber llevado jámas el yugo ; estas particularidades eran el emblema de la humanidad de nuestro Salvador, humanidad sin tacha, como que fué exenta aun de la sombra misma del pecado, y libre absolutamente del yugo de Lucifer que pesa sobre todos los hombres desde su nacimiento, porque son pecadores, mas toda enrojecida, toda cubierta de la sangre que derramó por nosotros. Así es que la esposa de los Cantares dice hablando de Jesucristo : *Dilectus meus candidus et rubicundus.* (Cant. 3.)

La becerra, despues de inmolada, era consumida por el fuego, y

de sus cenizas mezcladas con agua se formaba una especie de agua bendita, con la que se hacia por siete veces una especie de aspersion del tabernáculo y del pueblo que se ponia alrededor de él. Así es como del cuerpo adorable de Jesucristo, consumido por el fuego de la caridad divina, se formó ese baño saludable que, por medio de los siete sacramentos, esparce sus aguas purificantes sobre la Iglesia, verdadero tabernáculo de Dios entre los hombres, y sobre todo el pueblo fiel. Hay sin embargo la diferencia de que el rito hebreo no producia mas que una purificacion legal para el cuerpo : *Sanguis et cinis vitulæ sanctificat inquinatos ad emundationem carnis*, mientras que el rito cristiano, ennoblecido por la carne crucificada y por la sangre de Jesucristo, purifica las almas de las manchas del vicio, y las hace dignas de ofrecer un verdadero culto al Altísimo, de serle agradables, y de hacerle vivir en nosotros y nosotros en él : *Sanguis Christi emundat conscienciam nostram ab operibus mortuis ad serviendum Deo viventi.*

Los mismos doctores judíos nos han transmitido una particularidad de la mas alta importancia, relativamente á la inmolacion de la « ternera roja. » Ellos dicen que se ofrecia á Dios este sacrificio al pie del monte de las Olivas, en el huerto de Gethsemaní. No puede dudarse que este sacrificio era la figura del que Jesucristo ofreció á su Padre en el mismo lugar, derramando un sudor misterioso de sangre, é inmolándose á sí mismo por nuestra salvacion en medio de las llamas de su caridad divina. Esta segunda circunstancia de la agonía del Salvador es la que vamos á meditar en el dia de hoy. Nosotros debemos penetrar el misterio profundo que se cumplió en este sudor sangriento, el misterio de la purificacion del hombre por la abolicion del pecado y por el aumento de la gracia, á fin de que concibamos el deseo de aprovecharnos de él para gloria de Dios y salvacion de nuestras almas : *Et sanguis Christi emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis ad serviendum Deo viventi.*

PRIMERA PARTE.

El Salvador habia dicho en cierta ocasion á sus apóstoles : Un bautismo de un género abolutamente nuevo, un bautismo de sangre me está reservado, y ¡cuán vivo é impaciente es el deseo que tengo de recibirlo (3)! Esta profecía se cumplió literalmente en el huerto de

(1) Baptismo habeo baptizari, et quomodo coaretor usque dum perficiatur. (*Luc.* 12.)

las Olivas. En efecto, segun refiere san Lucas, despues de la agonía que habia sufrido, un sudor de sangre manó de su sagrado cuerpo, y con una abundancia tal que, no solo el mismo Jesus fué todo bañado y como bautizado en su propia sangre, sino que la tierra fué regarda en torno de él (1).

Y bien, ¿cuál fué la causa, cuál fué el fin de este estraordinario y maravilloso sudor? Algunos autores piensan que fué un efecto de la ansiedad violenta que el Señor esperimentó á vista de sus tormentos. Sus profundas angustias, su espantoso terror, dicen, contraían todas las venas y el corazon mismo, y de tal modo las hacian incapaces de contener la sangre, que ella se abria paso al través de los poros, y manaba por todas las partes de un cuerpo tan delicado como puro.

Mas esta esplicacion de uno de los mas estupendos milagros, que el Salvador obró en sí mismo, es evidentemente erronea, porque es contraria á la dignidad de la persona del Redentor, á la generosidad de sus sentimientos y á la escelencia de su sacrificio. En efecto, no solo no hubo jamás en Jesucristo, como lo he demostrado en el dia de ayer, lucha alguna interior entre el espíritu y la carne, entre la voluntad divina y la voluntad humana; sino que ni aun esperimentó de una manera marcada repugnancia alguna á sufrir; no puede pues admitirse en él una repugnancia bastante fuerte y bastante profunda para estraerle la sangre de las venas. Además, si el Redentor no se hubiera sometido á beber el cáliz amargo de sus penas sino despues de haber estado en agonía hasta derramar sangre, sino se hubiera resignado á ello sino con una obediencia forzada y violenta, si hubiera manifestado una voluntad contraria á la de su Padre, si él no hubiera sucumbido sino á una necesidad inevitable, no seria verdad lo que dice san Pablo, que Jesucristo, considerando con un gozo santo el fruto de su muerte, despreció la vergüenza y el dolor y voló apresuradamente al encuentro de su cruz (2). No seria cierta esta otra reflexion de san Pablo; á saber, que nosotros hemos sido santificados y rescatados por el ardor y la generosidad con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros á su Padre (3). ¡No, no! esclama el venerable Beda con la generalidad de los Padres de la Iglesia, esta efusion de sangre del Redentor no fué el resultado de la debilidad del hombre, fué un prodigio de la omnipotencia de Dios; pues, por mas

(1) Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.
(2) Qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta. (*Hebr.* 12.)
(3) In qua voluntate sanctificati sumus. (*Hebr.* 10.)

que digan ciertos autores, sudar sangre por todas las partes del cuerpo es un fenómeno contra la naturaleza (1).

¿Cuáles fueron pues los motivos y los misterios de este sudor milagrosamente sangriento? Yo los voy á indicar, con la ayuda de las luces de la Escritura y de los santos Padres.

Entre los sacrificios que el mismo Dios habia prescrito en la ley antigua, el holocausto ocupaba el primer lugar. Se inmolaba una víctima muy pura, que era ofrecida y consumida toda entera en honor de Dios, en reconocimiento de su majestad suprema y del alto dominio que ejerce sobre la vida y la muerte de todos los seres. Por esta razon se llamaba el sacrificio por escelencia; este era el mas agradable á Dios y cuyo olor le era el mas suave (2).

Ved aquí pues el primer motivo del sudor de sangre que Jesus esperimentó en Gethsemaní; este fué el deseo, dice Santo Tomás, de ofrecer á su Eterno Padre en nuestro nombre un holocausto perfecto, en el que la víctima toda entera fué consumida par las llamas de la caridad divina, en vez de serlo por el fuego material (3).

Efectivamente nuestro Salvodor habia anunciado muchas veces que un dia daria su vida voluntariamente, para volverla á tomar muy pronto. Habia declarado tambien por boca de David que su sacrificio seria voluntario, y que esta circunstancia formaria toda su escelencia y todo su mérito. (Ps. 53.) Sin embargo, ¿cómo podia cumplirse este sacrificio de una manera sangrienta sin que la injusticia y la violencia tomasen parte en él? Y tomando parte en él la violencia y la injusticia, ¿comó podia ser mirado como enteramente puro y voluntario? Pues bien, estas dos condiciones que parece que se escluyen mútuamente, se encontraron admirablemente unidas en el huerto de las Olivas, donde se ofreció un sacrificio sangriento sin el concurso de la violencia. Allí no hubo tormentos ni golpes; ninguna herida, ninguna causa esterior obliga á la sangre á salir de las venas. Ni la traicion de Judas, ni la injusticia de Pilatos, ni el odio de los Judíos, ni la crueldad de los Gentiles tuvieron en ello parte alguna; ellas permanecieron completamente estrañas.

Ningun crímen deshonra, ni aun en apariencia, un sacrificio tan grande. Ninguna infamia mancha una accion tan pura. Ningun

(1) Nemo sudorem hunc infirmitati deputet: quia contra naturam est sudare sanguinem. (*In Luc.* 22.)
(2) Holocaustum oblatio suavissimi odoris Domino. (*Levit.* 4.)
(3) Loco materialis ignis fuit, in holocausto Christi, ignis charitatis (3. *p. q.* 46. *art.* 4.)

sentimiento perverso viene á ofuscar á nuestros ojos la generosidad con que Jesucristo se inmola. Ninguna boca profana insulta aquí su amor como sucedió en el Calvario, y no puede atribuirse á la violencia ni á la fuerza lo que es un efecto de su bondad infinita. Aquí, Jesucristo, verdadero pontífice, no tiene necesidad ni de ministros ni de servidores para cumplir su sacrificio, pues él se basta á sí mismo. Porque siendo á la vez sacerdote, altar y víctima de su sacrificio, abre él mismo por su propia voluntad sus venas sagradas, y deja salir libremente la sangre y la vida, de manera que solo su omnipotencia es capaz de detener la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem.*

Este es pues un sacrificio completo por la entera destruccion de la víctima; es asimismo el mas augusto de los sacrificios, porque el cuchillo que degüella esta víctima es su obediencia, el altar sobre que se ofrece es su santidad, y el fuego que la consume no es otra cosa que su amor. Así como la tierra mejor es la que produce en abundancia flores y frutos sin ser hendida por la reja del arado y sin tener necesidad de cultivo alguno; así como la fuente mas pura es la que derrama por sí misma el agua clara, sin necesidad del trabajo del hombre; así como la uva mas esquisita es aquella de que destila un dulce licor aun ántes de ser pisada en el lagar; así tambien la parte mas noble del sacrificio de Jesucristo en su Pasion es al parecer la que se cumplió en el Huerto. Allí su cuerpo adorable, sin haber sido labrado aun por los azotes, sin haber sido herido por los clavos, ni por la lanza, sin haber sido prensado sobre la cruz, derrama espontáneamente su divina sangre para el alimento, el consuelo y la salvacion del bombré. ¡O amable Redentor! Vos parece que deciais entonces: «Mi sangre es exigida, es necesaria; el cielo y la tierra, Dios y los hombres tienen sed de esta sangre. ¡Pues bien! Vedla ahí, yo la derramo por los que la reclaman.» ¡O puro y sublime holocausto, que hace abolir y olvidar todos los holocaustos antiguos que solo habia prescrito y aceptado Dios en otro tiempo, proque eran la figura simbólica de este (1)! ¡O puro y sublime holocausto! ¡Cómo desde el fondo del valle de Gethsemaní hace subir su suave perfume hasta el trono del Eterno! ¡Cómo serena su semblante irritado! ¡Cómo forma las delicias de su corazon (2)!

S. Pablo esclama que en este holocausto se ofreció Jesucristo por

(1) Hostias et oblationes noluisti, corpus autem aptasti mihi. (*Hebr.* 10.)

(2) Holocaustum, oblatio suavissimi odoris Domino.

nosotros y en nuestro nombre á Dios su padre como una víctima de una suavidad infinita (1).

Ved aquí pues como la humanidad entera ofrece á Dios, en la persona de Jesucristo y por Jesucristo, un holocausto de una escelencia y de un mérito infinito, porque divina es la víctima que se inmola, y divino es el sacerdote que la presenta. De este modo recibe Dios de parte de los hombres, en este misterioso instante, un culto perfecto y digno de él, y la Esencia infinita es honrada cuanto puede serlo.

El sacrificio de la «ternera roja» no solo tenia por objeto honrar á Dios, sino tambien purificar á los hombres: *Ad emundationem carnis.* Era pues á un tiempo mismo un holocausto de adoracion y de culto, y un sacrificio propiciatorio y expiatorio para la remision de los pecados. S. Pablo observa que, para que los pecados fuesen perdonados, se exigia siempre la efusion de la sangre de la víctima y esta es, añade, la segunda razon por que el Salvador derramó la suya en Gethsemaní, por medio de un sudor abundantísimo: él quiso purificarnos de todos nuestros pecados (2).

A decir verdad, Jesus nos habia ya dejado adivinar sus generosas intenciones y revelado este misterio de bondad y de misericordia por la humilde actitud que tomó desde el principio de su oracion. Al inclinarse profundamente con el rostro en la tierra, nos dió á entender evidentemente, dice A Lapide, que habia consentido en llevar la inmensa carga de nuestros pecados, y que en este momento se veía obligado á encorbarse hasta la tierra, como abatido y cuasi aplastado bajo este enorme peso. Por otra parte, continúa el mismo intérprete, Jesucristo en esta actitud es nuestro amable Redentor que, por nosotros, se presenta ante su Padre como un culpable arrepentido que viene á someterse al castigo que ha merecido, y que parece que le dice al mismo tiempo: Vedme aquí, Padre mio, yo me entrego á vos por los hombres; yo me ofrezco á sufrir solo toda la pena en que ellos han incurrido. Desde este momento entrego mi cuerpo para que sea desgarrado por los azotes; mi cabeza para que sea ceñida con una dolorosa corona; yo presento mis manos y mis piés á los clavos, y todo mi cuerpo á la cruz. No azoteis, Padre mio, mas que á mi solo, no coroneis de espinas, ni claveis en la cruz mas

(1) Christus tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis. (*Ephes.* 5.)

(2) Purgationem peccatorum faciens. (*Ephes.* 1.)

que á mi solo; perdonad á los hombres y volvedles vuestra amistad.

Mas, ¿por qué junta Jesus á esta súplica una contricion profunda y un sudor de sangre? Para comprender esto, observemos que, segun las palabras del mismo Salvador en el Evangelio, el pecado se forma en el corazon ántes de que se consuma por la accion esterior (1). Por mejor decir, no consiste, hablando con propiedad, observa el Doctor angélico, en la materialidad del acto, sino en la determinacion de la voluntad (2). Por esta razon continúa el mismo Santo, ántes de que el pecador ofrezca á Dios el sacrificio de su cuerpo por medio de la satisfaccion, debe ofrecerle por la contricion el sacrificio de su corazon; porque el dolor voluntario del pecado con que se ha manchado es la primera condicion indispensable al pecador para que pueda obtener su perdon y reconciliarse con Dios, y ella es la que constituye esencialmente la penitencia verdadera (3). Ved aquí pues, prosigue Sto. Tomás, la causa primera del dolor interior que Jesus sintió entonces; él quiso concebir y esperimentar la contricion por todos los pecados del género humano, supuesto que se habia encargado de expiarlos (4), y el sudor de sangre que se esparció en abundancia sobre todo su cuerpo sagrado, fué, dice S. Bernardo, el terrible efecto de esta profunda contricion que destrozaba su corazon (5).

¡Cuánta magnificencia hay en esta interpretacion del sudor sangriento de Jesus, y cuán digna es de su augusto misterio! Ella ordena de una manera admirable los misterios de Pasion, y nos hace conocer toda su economía. Procuremos sin embargo ampliarla algo mas. El pecado, observa Sto. Tomás, tiene algo de infinito, si se considera con relacion á la majestad infinita de Dios, contra la cual se subleva (6). El pecado encierra tambien, añade S. Gregorio, una

(1) De corde exeunt cogitationes pravæ, fornicationes, homicidia, etc. (*Matth.* 7.)

(2) Peccatum nihil aliud est quam actus humanus malus, id est, voluntarius, sive sit quasi à voluntate elicitus, sive sit quasi à voluntate imperatus. (1. 2. *q.* 71. *a.* 6.)

(3) Pœnitentia est dolor voluntarius pro peccato quod dolet commisisse. (*In* 4. *Dist.* 17. *q.* 2. *art.* 1.) Impossibile est quod peccatum alicui remittatur sine pœnitentia; et displicentia peccati requiritur ad rationem veræ pœnitentiæ; (3. *p. q.* 86. *a.* 2.)

(4) Doloris interioris causa fuit primo quidem omnia peccata generis humani pro quibus satisfaciebat. (3. *p. q.* 46. *a.* 6.)

(5) Neque enim corpus extrinsece tanto talique sudore difflueret, si cor intrinsecus nullius doloris molestia frangeretur. (*Trac. de Pas. Dom. c.* 27.)

(6) Peccatum quamdam infinitatem habet ex infinitate Divinæ Majestatis. (3. *p. q.* 1. *a.* 2.)

malicia cuasi infinita, de parte del hombre que lo comete, pues que el hombre que se abandona al pecado lo sigue con tal avidez, y su corazon se encuentra de tal modo dispuesto, que quisiera poder vivir siempre á fin de poder siempre pecar; de modo que si la vida del pecador no tuviera fin, su pecado tampoco tendria término (1). Y supuesto que aquel á quien la muerte sorprende en el pecado permanece en esta horrible disposicion de querer constantemente la culpa, aun en el tiempo mismo en que sufre y maldice la pena, se sigue que los condenados deberán sufrir para siempre supuesto que conservan siempre la voluntad de obrar mal, y así como su pecado es eterno, eterno debe ser tambien su castigo (2). Pues bien, supuesto que el pecado tiene una malicia infinita, y que es una ofensa infinita contra Dios, se deberia, para alcanzar el perdon, concebir un dolor infinito de él. ¿Mas, cuál es el hombre que comprende todo el mal que ha hecho á Dios y á sí mismo al cometer el pecado (3)?... ¿Y quién puede detestarlo con la viva contricion con que merece ser detestado?

¡Ah! El dolor de David, de Pedro, de la Magdalena, y de otra multitud de santos modelos de contricion sincera, de verdadera penitencia, estuvo muy lejos de llegar á la altura de la malicia del pecado. Por consiguiente así como las adoraciones de un Hombre-Dios son las únicas que podian tributar á Dios el culto que le es debido, así como los sufrimientos de un Hombre-Dios son los únicos que podian satisfacer por el castigo del pecado, del mismo modo tambien la contricion de un Hombre-Dios es la única que podia detestar y llorar dignamente la malicia del pecado.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo en Gethsemaní. El Salvador, como lo hice ver en el dia de ayer, habia obtenido, por el mérito de su lucha misteriosa y de su sublime agonía, la gracia, que solicitaba con tanto amor, de colocarse en nuestro puesto y de representar en sí mismo la universalidad de los pecadores pasados y futuros hasta el fin del mundo, sin escepcion alguna. Él habia obtenido quedar por fiador de todas sus culpas, y satisfacer completamente por ellas á la justicia de Dios. Pues bien, para cumplir esta grande expiacion, principió por esperimentar en su tierno corazon un dolor perfecto de todos estos pecados, ántes de que su cuerpo tan puro

(1) Vellent sine fine vivere, ut possent sine fine peccare.

(2) Ideo sine fine pœnas luent quia voluntatem habuerent sine fine peccandi.

(3) Delicta quis intelligit? (*Ps.* 18.)

sufriese el castigo de ellos; para cumplir esta expiacion detestó la culpa, con toda la amargura de la contricion mas viva, ántes de sufrir la pena con la muerte mas ignominiosa y mas cruel; y el amargo dolor que esperimentó voluntariamente fué, segun el piadoso Luis de Blois, tan profundo y tan intenso, como si los pecados de todos los hombres hubieran sido suyos propios, y los hubiera él solo cometido todos (1).

Es decir que Jesucristo nos habia sustituido, y que habiendo tomado sobre sí la responsabilidad de todas nuestras deudas y de todos nuestros deberes, quiso, como pontífice fiel, pagar las unas y cumplir los otros de una manera perfecta. Parece que se olvidó por un instante de su santidad, de su inocencia infinita y de su semejanza con su Padre, y que no llevó á su presencia mas que el vestido del pecado; él se presentó con las condiciones de verdadera penitencia que deberíamos tener nosotros, y esperimentó todos los sentimientos que deberíamos esperimentar nosotros á vista de nuestros pecados, si nuestra inteligencia estuviera esclarecida por las mismas luces que la suya, si como él conociésemos toda la grandeza y toda la majestad de Dios, si como él conociésemos toda la malicia y toda la deformidad del pecado y los horrorosos castigos que le están reservados.

En efecto, si pudiésemos tener de estas cosas el conocimiento que tenia el Redentor, si el terror de la justicia divina produjese en nosotros la impresion que debiera producir, no hay duda que nuestro semblante se cubriría de confusion; un terrible espanto, una consternacion profunda abatiría nuestro espíritu; el dolor mas agudo y mas intenso destrozaría nuestro corazon; un frio glacial, un temblor convulsivo agitaría nuestros miembros, un terror mortal se apoderaría de nuestras personas; nosotros sentiríamos tambien abrirse nuestras venas, y no solo sudaríamos sangre como Jesus, sino que moriríamos de angustia en el acto, porque nuestra flaqueza seria impotente para resistir un desbordamiento tal de dolores.

Pues bien, Jesucristo, dice Sto. Tomás, esperimentó en sí reunidos á la vez todos estos sentimientos de amargo dolor, y de terrible espanto, que deberían agitar el corazon de todos y de cada uno de los pecadores si viesen sus faltas con la claridad que Dios las ve. Él sintió pues en su corazon, mas fuertemente aun, la contricion que

(1) Omnia mundi peccata in se receperat, tantumque pro illis ultro sibi dolorem cordis assumpsit hac si ea ipse patrasset. (*De Pass. Dom.*)

todos los hombres juntos han tenido, y que debían tener; ya porque se afligió por los pecados de todos, y ya tambien porque su dolor nacia del conocimiento claro que tenia de la majestad, de la grandeza y de la bondad infinita de Dios á quien el pecado ultraja y de su inmenso amor por los hombros, á quienes este mismo pecado precipita en su eterna ruina (1).

¿Quién podrá pues, no digo medir ó espresar la intensidad del dolor que, segun la espresion de Isaías, molió el corazon de Jesus á vista de sus pecados, *Attritus est propter scelera nostra* (Is. 53.), sin formar de él la mas pequeña idea? A este propósito, observa el Doctor angélico que, debiendo satisfacer por los pecados de todos los hombres, se vió poseido por la tristeza mas profunda que puede imaginarse (2), y su dolor fué mas fuerte que todos cuantos dolores podemos sufrir en la vida presente (3). En efecto, ved aquí como habla el mismo Salvador por boca de sus profetas: «O vosotros todos los que pasais cerca de mí, espectadores insensibles é indiferentes, deteneos un instante y ved si hay en el mundo un dolor que pueda igualarse á mi dolor: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* (Thren. 12.) Yo he sido saciado de todas las amarguras posibles; se me ha obligado á beber hasta el esceso un licor emponzoñado (4). Todas las iniquidades de los hombres, semejantes á torrentes hinchados por aguas cenagosas, han venido á descargar dentro de mí (5), ellas han turbado mi corazon, y todas reunidas han formado en él como un océano inmenso de dolores, cuyos abismos borrascosos me han sumergido y tragado en cierto modo (6).»

Así pues cuando los evangelistas dicen que Jesucristo sintió en el Huerto un pavor indecible, una profunda melancolía, un temblor

(1) Passio et dolor à Christo fuerunt assumpta voluntarie propter finem liberationis hominum à peccato; et ideo tantam quantitatem doloris assumpsit quæ est proportionata magnitudini fructus qui inde sequebatur. Doluit pro peccatis omnium, qui dolor in Christo excessit omnem dolorem cujusque contriti: tum quia ex majori sapientia et charitate processit, tum quia pro omnibus peccatis simul doluit. (3. *p. q.* 46. *a.* 6.)

(2) Ut satisfaceret pro peccatis omnium hominum, accepit tristitiam maximam.

(3) Dolor interior in Christo fuit maximus inter dolores præsentis vitæ. (3. *p. q.* 46. *a.* 6.)

(4) Replevit me amaritudinibus, inebriabit me absinthio. (*Thron.* 3.)

(5) Torrentes iniquitatis conturbaverunt me. (*Ps.* 17.)

(6) Magna est velut mare contritio tua. (*Thron.* 2.) Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me. (*Ps.* 68.)

horrible, un inmenso espanto y una ansiedad capaz por sí sola de causarle la muerte, *Cœpit pavere, tædere et mœstus esse.... Tristis est anima mea usque ad mortem*, usan unas espresiones, que lejos de ser exageradas, se quedan muy inferiores á la verdad, supuesto que no existen palabras para pintar un dolor sin límites.

¿Y es estraño en vista de esto que el corazon tierno de Jesus, como David lo habia anunciado, se derritiese y se liquidase en Gethsemaní, como la nieve á los rayos del sol, ó como la cera al calor del fuego (1)? ¿Debe causar admiracion que una contricion tan profunda, que un dolor tan intenso abriese su corazon y sus venas, y que, abiertos tambien por fuerza los poros de su delicada piel, dejasen salir la sangre en gotas tan abundantes, que corriesen en pequeños hilos hasta llegar á regar la tierra (2)? ¿Débe causar admiracion que esperimentase un desfallecimiento tan estraordinario y tan escesivo, que sin un nuevo milagro hubiera sido bastante para causarle la muerte? *Tristis est anima mea usque ad mortem.*

Ved aqui pues el profundo misterio de este milagroso sudor de sangre. Este es el gran acto de contricion que el Hijo de Dios hizo por los pecados de todos los hombres, y que acompañó con sus lágrimas, mas con unas lágrimas tan estraordinarias como el dolor que las produjo, es decir, con lágrimas de sangre. ¡O dolor! ¡O lágrimas! ¡Cuántos tormentos causaisá Jesucristo, pero cuántos consuelos derramais sobre nosotros! Porque el Redentor se contristó por nosotros, *Attrilus est propter scelera nostra*, nosotros estamos seguros al presente de poder obtener la gracia necesaria para arrepentirnos de nuestras faltas. Sin este esceso de amor, hubiéramos permanecido endurecidos y sumergidos obstinadamente en nuestros pecados, y hubiéramos puesto el colmo á ellos con la desesperacion y la impenitencia. ¡Ah! ¡El dolor que ha quebrantado el corazon de Jesus ha ablandado el nuestro, y su sudor de sangre ha preparado el curso á nuestras lágrimas. Esta contricion del Salvador es la fuente de la nuestra. De ella es de donde el arrepentimiento, el llanto y los gemidos del pecador reciben su orígen, su mérito y eficacia, porque el precio infinito de la contricion tan viva y tan profunda del Hijo de Dios ha dado á la nuestra el poder de borrar en nosotros el pecado

(1) Effusus sum velut aqua. Factum est cor meum tanquam cera liquescens. (*Ps.* 21.)

(2) Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.

y conseguir nuestra reconciliacion con Dios (1). Y de este modo se cumple el divino oráculo de que: La sangre que Jesucristo derramó en el huerto de las Olivas purifica nuestra conciencia de las obras muertas del pecado (2).

Luego cuando el alma de Jesucristo está en agonía, cuando su corazon está abismado en la tristeza, cuando todo su cuerpo adorable está sumergido y como bañado en su propia sangre, no debemos mirar en él, dice S. Pablo, sino una víctima divina que expia y borra el pecado con sus padecimientos voluntarios (3).

Finalmente, cuando el fuego habia consumido la víctima se mezclaban las cenizas y la sangre de la novilla roja con agua, y se formaba una especie de agua lustral ó bendita, con la que se asperjaba siete veces el pueblo. De modo que este holocausto ofrecido en honor de Dios y por la expiacion del pecado era al mismo tiempo un sacrificio impetratorio que obtenia una especie de sacrificacion legal (4). Bajo este aspecto, fué tambien la figura del sacrificio de Gethsemaní, en el que el Redentor nos alcanzó todas las gracias que por medio de los sacramentos vienen á embellecer nuestras almas y hacerlas dignas de servir á Dios y de vivir unidas á Dios (5)!

Jesucristo, dice en otro lugar S. Pablo, amó á su Iglesia hasta al punto de entregarse él mismo por ella; y de esta manera formó una Iglesia dotada de belleza y de gloria. Ella era inmunda y él la hizo aparecer santa y pura; ella era odiosa y digna de menospecio, y él la hizo amable por los atractivos con que la adornó (6).

Pues bien, con el sudor de su sangre es con lo que cumplió el Salvador principalmente este admirable misterio, supuesto que este sudor se manifestó en seguida de su agonía y de su oracion, cuando Jesus habia solicitado con tantos esfuerzos, con tantas lágrimas y

(1) Ipse exhibuit quod sufficens fuit ad omnium peccatorum deletionem. (3. *p. q.* 1. *a.* 4.)

(2) Sanguis Christi emundat conscientiam nostram ab operibus mortuis.

(3) Ad destructionem peccati per hostiam suam apparuit. (*Hebr.* 9.)

(4) Sanguis vitulæ aspersus sanctificat inquinatos.

(5) Emundat conscientiam nostram ad serviendum Deo viventi.

(6) Christus dilexit Ecclesiam, et tradidit semetipsum pro ea, ut exhiberet sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam aut rugam; sed ut sit sancta et immaculata. (*Ephes.* 5.)

tantos gemidos que todo el mérito de su Pasion se nos aplicase á nosotros : *Et factus in agonia prolixius orabat.*

Así pues, observa el venerable Beda, por este sudor sangriento que mana del cuerpo real de Jesus, símbolo de su cuerpo místico, nos da una prueba sensible de que su oracion ha sido oida, y de que nosotros, representados en su persona, principiamos tambien á ser purificados por su sangre (1).

¡O tierno y afectuoso misterio! añade S. Bernardo. Las lágrimas que corrieron de los ojos del Redentor no bastaron á su amor; él quiso que todos sus miembros se trasformasen en cierto modo en otros tantos ojos, y que toda su sangre se convirtiese en lágrimas; él quiso verter lágrimas de sangre y asociar su cuerpo á esta manifestacion patética de dolor, á fin de purificar y embellecer en todas sus partes á la Iglesia su esposa (2). ¡Purificacion preciosa, observa S. Augustin, que principió á hacer brillar en todo el cuerpo de la Iglesia, entre todas las virtudes, la paciencia de las almas afligidas y la constancia de los mártires (3)!

Está escrito tambien que la sangre que salió de todas las partes del cuerpo adorable del Señor, despues de haber bañado su carne sagrada, corrió hasta humedecer el suelo : *Sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* Pues bien, por este hecho nos quiso dar á entender que desde este instante pertenecia su sangre á la tierra, á fin de que, segun la profecía, todos los pecadores que vivieran en la tierra pudiesen embriagarse con este sagrado licor : *Bibent omnes peccatores terræ* (Ps. 77). Quiso advertirnos tambien que la tierra, una vez empapada en este sagrado licor, no se secará jamás, y que la sangre del verdadero Abel, derramada, no ya por la mano cruel de Cain, sino por la caridad misma del Redentor mas poderosa que el odio y la envidia de sus enemigos, no cesará jamás de elevar desde esta tierra, que ha sido regada con ella, gritos poderosos hácia el cielo; que sin embargo estos gritos no llamarán el castigo ni la venganza, sino la misericordia y el perdon, y que nosotros, aun-

(1) Per irrigatam ejus sanguine terram, nobis declaratum est quod effectum suæ precis obtineret ut nos suo sanguine purgaret. (*In* 22, *Luc.*)

(2) Non solis oculis, sed quasi omnibus membris Jesus flevisse videtur ; ut totum suum corpus, quod est Ecclesia, totius corporis lacrymis purgaretur. (*Homil.* 3. *Dom. Pal.*)

(3) Sudore sanguinis Dominus significavit de toto corpore, quod est Ecclesia, manatura martyria.

que polvo, aunque tierra herida por la maldicion y el anatema, abriremos nuestro seno á los beneficios de este rocío divino, y seremos benditos y salvos (1).

La aspersion de la verdadera agua lustral se estableció para nosotros sobre esta tierra; nosotros podemos disponer de la sangre de la verdadera víctima divina, como habla S. Pedro. Con tal que así lo queramos, podemos ser lavados y purificados siete veces en los siete sacramentos de la Iglesia, que se ofrecen á todos indistintamente (2).

¡Desgraciados pues de nosotros sino participamos de este santo riego! La ley que prescribia el rito da la aspersion antigua concluia con estas terribles palabras : « Todo aquel que no fuere purificado por este rito, será escluido de la comunion del pueblo, perecerá : *Si quis hoc ritu non fuerit expiatus, peribit anima illius de medio Ecclesiæ.* » Estas palabras eran proféticas, ellas no se cumplen á la letra sino aplicándolas á la aspersion de la sangre de Jesucristo; porque nadie se justifica sino el que se lava en esta divina sangre. El que no se aplica sus méritos, el que no lava sus manchas en esta sangre preciosa, se ve escluido durante su vida de la comunion y del espíritu de la Iglesia, y despues de su muerte será desterrado para siempre de la asamblea de los santos : *Si quis hoc ritu non fuerit expiatus, peribit anima illius de medio Ecclesiæ.* (Núm. 19.)

Detengámonos aquí un momento. Contemplemos de nuevo á Jesus que postrado en tierra despues de haber lavado, segun la profecía de Jacob, la ropa de su cuerpo, es decir, nuestra humanidad en el vino misterioso, y su vestido en la sangre de la vid escogida (3), riega todavia con su propia sangre toda la tierra que está á su alrededor. Reconozcamos en esta circunstancia la fuente misteriosa del Salvador, que se eleva en el centro de su Iglesia, adonde segun otra profecía, deberán venir todas las naciones á sacar con gozo las aguas de la salvacion eterna (4). Reconozcamos aquí al Redentor, que rescata al hombre aun mas allá de lo que es necesario por una redencion infinita como su santidad (5), y que, segun la

(1) Christi sanguis defluxit in terram, ut significaretur terrenos homines Christi sanguine irrigandos. (*Theoph.*)

(2) Et sanguis Christi emundabit nos ab operibus mortuis ad serviendum Deo viventi.

(3) Lavabit in vino stolam suam, et in sanguine uvæ pallium suum. (*Genes.* 49.)

(4) Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. (*Is.* 12.)

(5) Copiosa apud eum redemptio. (*Ps.* 129.)

espresion de San Pablo, ha hecho superabundar la misericordia y la gracia donde el desbordamiento y la corrupcion del pecado lo habia inundado todo (1). Reconozcamos en fin á nuestro tierno Padre que arrastrado, como dice S. Juan, por el esceso de su amor, ha querido lavar en su sangre las manchas con que el pecado habia afeado nuestras almas (2), para merecernos la dicha de formar parte un dia de esos cristianos afortunados de quienes se ha dicho : « Ved aquí las almas verdaderamente grandes y heróicas, que despreciaron la vida y las caricias engañosas del mundo, y conquistaron el precio del reino eterno, porque supieron purificar sus conciencias en la sangre del cordero (3). Apresurémonos pues nosotros tambien á recurrir á los sacramentos; este es el baño sagrado donde debemos ir á mojar el vestido impuro que afea nuestras almas, seguros de que la sangre divina nos lavará de todos nuestros pecados.

SEGUNDA PARTE.

El misterio del sudor de sangre fué, como hemos dicho, una prueba de la inmensa contricion que los pecados de los hombres escitaron en el Redentor.

Al sufrir este profundo dolor, y al derramar estas lágrimas amargas por los pecados de otros, quiso el Salvador, como observa Sto. Tomás, darnos un ejemplo luminoso de lo que nosotros debemos hacer por nuestros pecados; él fué el modelo de la verdadera penitencia (4).

Mas, ¡o ceguedad, o escándalo! El mundo, y aun el mundo cristiano está lleno de pecadores; ¿y quiénes son los que miran el pecado como el mayor de todos los males? ¿Quiénes son los que lo miran con horror, y hacen una penitencia sincera (5)? Lejos de mirar el pecado como un veneno que infiltra la muerte en el alma : *anima quæ peccaverit ipsa morietur*, se comete con la misma indiferencia y la misma facilidad con que se bebe el agua que refrigera la vida : *Bibunt iniquitatem quasi aquam*. (Job. 15). Mas no es esto todo. El

(1) Ubi abundavit delictum, superabundavit et gratia. (*Rom.* 5.)

(2) Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo. (*Apoc.* 7.)

(3) Isti sunt qui contempserunt vitam mundi, et pervenerunt ad præmia regni, et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni.

(4) Christus dedit maximum pœnitentiæ exemplum, dum non pro peccato proprio, sed pro alieno voluit pœnam subire. (3. p. q. 46.)

(5) Nullus est qui agat pœnitentiam de peccato suo dicens : Quid feci?

pecador hace un juego de sus malas acciones : *Et quasi per risum operatur scelus*. (Prov. 10.) En vez de confundirse, en vez de ruborizarse del mal que comete, forma una vanagloria sacrílega de las cosas mas vergonzosas y mas infames : *Lætantur cum male fecerint; et exultant in rebus pessimis*. (Prov. 2.) En fuerza de entregarse al pecado y de sumergirse en él; en fuerza de amarlo y de habituarse á él, forma de él el pecador como una segunda naturaleza, y cae en una horrible ceguedad acerca de la malicia que encierra. ¡Almas verdaderamente dignas de compasion! Porque si los pecadores son los mas desgraciados de entre los hombres, los que multiplican sus culpas con una licencia tan desenfrenada, que no se ruborizan de ellas, que no esperimentan remordimientos ni sienten su peso en la conciencia, son los mas desgraciados de entre los pecadores. De todas las enfermedades, la mas grave y la mas desesperada es aquella que no se siente. Pues bien, la contricion profunda de Jesucristo en el Huerto y su sudor de sangre nos descubren la malicia, el escándalo y el peligro de esta terrible insensibilidad, de esta infernal indiferencia de los pecadores. Porque al cargar Jesucristo con los pecados de todos los hombres, tomó sobre sí la responsabilidad de la pena, pero no la malicia de la culpa. Él tomó la superficie, las miserias del pecado, pero no su injusticia ni su naturaleza; todo cubierto en apariencia de los despojos del culpable Esaú, conservó sin embargo la voz pura, dulce é inocente del amable Jacob. Porque aunque todos nuestros pecados se acumularon sobre su adorable cuerpo, no pudieron sin embargo penetrar en su corazon inmaculado, no pudieron pervertir su voluntad, ni manchar su inocencia, ni hacerle un solo instante criminal ó culpable. Y sin embargo estos pecados, que no son suyos, aunque los expia como tales, estos pecados estraños que él abomina y detesta aun en el acto mismo de cargarlos sobre sí por nuestro amor; le cubren de tanta confusion, le inspiran un horror tan grande y escitan en él un dolor tan vivo que tiembla ante la justicia de Dios aunque no la ha provocado, cae en un desfallecimiento mortal, sus ojos se convierten en dos arroyos de lágrimas y su sangre se abre paso al través de sus miembros.

Mas, siendo así que los pecados ajenos producen en Jesus una impresion tan dolorosa, ¿por qué estraña obcecacion somos nosotros tan indiferentes á nuestras propias faltas? Es cierto que su terror y su contricion nos aseguran el perdon; pero no nos dispensan de la penitencia ni nos prometen la impunidad. Nosotros no estamos

realmente seguros de nuestro perdon por la contricion y las lágrimas sangrientas de Jesucristo, sino en tanto que nos asociamos á ellas por medio de un arrepentimiento sincero. Mas si continuamos en pasar tranquilamente nuestra vida en el pecado, si nos obstinamos en cometerlo como por diversion, y en vanagloriarnos de él; si á la audacia de abandonarnos al pecado sin pasion, sin recato y sin remordimientos, añadimos el furor diabólico de revolcarnos en su fango impuro y de hacernos, con todas las potencias de nuestra alma, con todos los miembros de nuestro cuerpo y hasta en el meollo de nuestros huesos, hombres de pecado; si continuamos profanando con nuestros vicios, nuestros escándalos, nuestros sacrilegios y nuestras irreverencias en el santo templo, esa sangre divina con que hemos sido bañados en el bautismo, ¡oh! entonces, esclama S. Pablo, la sangre del Testamento, la sangre de la alianza, de la reconciliacion y del perdon, la sangre preciosa y sagrada de Jesucristo que habrémos hollado indignamente como una cosa vil y profana, lejos de implorar la piedad en nuestro favor, dará gritos de venganza contra nosotros y atraerá sobre nuestras cabezas los mas terribles castigos (1). Desgraciados de aquellos de entre nosotros sobre quienes se cumpla esta terrible profecía : « Porque has odiado la sangre que debia santificarte y causar tu salvacion, esta sangre te perseguirá y caerá sobre ti como un castigo : *Cum sanguinem oderis, sanguis persequetur.* » (Ezech. 35.) Ella os perseguirá durante la vida, para llenárosla de amargura; ella os perseguirá en la muerte, para atraer sobre vosotros la desesperacion; ella os perseguirá en el tribunal de Dios, para llamar la condenacion sobre vuestras cabezas; ella os perseguirá aun en los abismos eternos del infierno, para avivar el fuego, para hacer vuestros remordimientos mas punzantes y vuestro suplicio mas atroz.

¡Ay! Esta sangre se levanta tal vez contra nosotros sin que nosotros nos apercibamos de ello, y tal vez tambien somos nosotros de esas plantas de que habla el Evangelio, estériles para la virtud y fecundas para el escándalo y el desórden. Ya el hacha fatal de la justicia de Dios está próxima á caer sobre la raiz, y á precipitarnos de un golpe en el abismo sobre el que estamos suspendidos (2). Pocos dias mas, algunos instantes mas tal vez, y un golpe imprevisto,

(1) Quanto magis putatis deteriora mereri suplicia, qui sanguinem Testamenti, in quo sanctificatus est pollutum duxerit? (*Hebr.* 10.)

(2) Jam securis ad radicem posita est. (*Matth.* 3.)

una rápida enfermedad nos llevará á la tumba aun ántes de que hayamos pensado en morir. Todo lo habrémos perdido entonces para siempre, y seremos presa de esas llamas devoradoras de las que ningun poder será bastante á librarnos, de las que ninguna gracia podrá eximirnos, ni aun la sangre misma de Jesucristo nos sacará de ellas (1).

De este modo corremos á nuestra perdicion, no precisamente porque cometemos el pecado, sino porque no nos detenemos jamás en la carrera del pecado, porque no tenemos dolor sincero del pecado ni hacemos una verdadera penitencia.

¡Ah! Prevengamos una desgracia tan grande por una pronta vuelta sobre nosotros mismos. Dios no prolonga la vida al hombre que ha tenido la desgracia de ofenderle sino para que haga penitencia de sus culpas. Guardémonos pues de abusar, para cometer nuevos pecados, del tiempo precioso que él concede á nuestro arrepentimiento. Recurramos al mérito infinito de la sangre del Redentor que corre todavia abundantemente para nosotros de una manera mística en el sacramento de la penitencia y en el de la Eucaristía. Apliquémonos sus frutos. Oremos, insistamos para que esta sangre divina ablande nuestro corazon y lo penetre de un dolor profundo, que nos asegure el perdon. Entonces esta preciosa sangre, que habiamos profanado anteriormente, pero que obtiene al presente nuestros homenajes y nuestras adoraciones, se derramará sobre nosotros; ella borrará de nuestra alma las obras de muerte, las obras de pecado que la desfiguran; ella nos volverá la vida con los adornos preciosos de la gracia santificante, de tal modo que despues de haber servido fielmente á Dios en la tierra, iremos á vivir eternamente con él en el cielo (2). *Así sea.*

(1) In inferno nulla est redemptio.

(2) Et sanguis Christi emundavit conscientiam nostram ab operibus mortuis, ad serviendum Deo viventi.

CONFERENCIA OCTAVA.

Judas en el Huerto.

Dominator, Domine Deus, misericors et clemens, patiens et multæ miserationis ac verax, qui custodis misericordiam in millia, qui aufers iniquitatem et scelera atque peccata.

Rey de los Reyes, Señor Dios, Dios caritativo, paciente y rico en misericordia, Dios de verdad; vos sois quien haceis misericordia hasta mil generaciones, y quien borrais la iniquidad, el crimen y el pecado.

(Exod. 34)

Por muy admirable que Dios se manifieste en sus santos, no resplandecen tanto su bondad, su grandeza y su omnipotencia en el corazon fiel que le consagra su amor y sus adoraciones, como en el corazon rebelde que le olvida y que le ultraja; y las maravillas que obra en favor de las almas justas no nos hacen conocer tan bien al Señor como las que obra con los pecadores. Así pues cuando Moisés comprendió claramente en el monte Sinaí la paciencia con que Dios sufre al culpable, el afan con que le busca, la longanimidad con que le espera y la generosidad con que le perdona, entonces le pareció Dios mas grande, mas poderoso, mas magnífico, y si puede decirse así, mas Dios. En efecto, en medio del arrobamiento y del éxtasis fué cuando se le oyó esclamar como fuera de sí: Señor, vos sois verdaderamente el Dios y el dominador universal; vos sois el Dios de la verdad, de la clemencia, de la paciencia y de la bondad, pero de una bondad infinita. ¡Porque yo veo al presente cómo sufris todos los crímenes, cómo borrais todas las culpas y con cuánta abundancia derramais sobre todos los hombres los tesoros de vuestra misericordia! *Dominator, Domine Deus, misericors et clemens, patiens et multæ miserationis ac verax; qui custodis misericordiam in millia, qui aufers iniquitatem et scelera atque peccata.*

Pues bien, así como Cain fué el mayor criminal del antiguo Tes-

tamento, del mismo modo Judas fué el ser mas perverso y mas detestable del nuevo. Si Caín mató con su propia mano al mas puro de los hijos de los hombres, Judas, con un beso mas cruel y mas acerado que el arma mas mortífera, dió la muerte al Hijo santísimo de Dios. Y sin embargo, ¿cómo recibió Jesus al pérfido discípulo? ¿Cómo trató á este infame, marcado con el sello de la traicion, cuando fué al Huerto á consumar cara á cara su traicion? Tal será el asunto de esta conferencia.

¡O rasgo admirable y patético de la Pasion de nuestro Salvador! Jesus nos ha retratado en él todo su corazon; en él nos ha manifestado toda la solicitud y toda la ternura de su amor para con los pecadores. Estudiemos atentamente este cuadro divino, y en tanto que Judas abusa, para su mal, de la inefable bondad del Salvador de los hombres, apresurémonos á aprovecharnos de ella para nuestra salvacion; de este modo podremos reconocer tambien y publicar, como Moisés, la grandeza y la misericordia de Dios que borra nuestras faltas y nos envía el perdon.

PRIMERA PARTE.

No puede escusarse verdaderamente la conducta de los apóstoles en Gethsemaní. En efecto, mientras que su Divino Maestro cumplia los mas grandes misterios, mientras que intercedia en su favor y sostenia por ellos una lucha terrible, ellos no tenian el valor de velar una hora, ni sabian orar por sí mismos. Algunas veces no puedo persuadirme que el Salvador les hablase irónicamente cuando despertándolos por tercera y última vez, les dijo: «Dormid ya y descansad; ved aquí que se acerca la hora; y el hijo del hombre va á ser entregado en manos de los pecadores (1).» No, lo repito, yo no puedo creer que Jesus quisiese echarles en cara, con unas palabras tan punzantes, su ingratitud y su cobardía. Este tono de sarcasmo no pudo convenir á Jesucristo en el momento supremo en que, embriagado, por decirlo así, por el deseo ardiente de inmolarse por nosotros, no debia manifestar otra cosa que su paciencia, su bondad y su dulzura. Yo diria pues, con Orígenes y Beda, que estas palabras: «Dormid ya y descansad,» son palabras de misericordia y de

(1) Et venit tertio ad discipulos suos, et ait illis: Dormite jam et requiescite: ecce appropinquavit hora; et filius hominis tradetur in manus peccatorum. (*Matth. et Marc.*)

consuelo; que son como una consecuencia de los grandes misterios que el Salvador habia obrado, misterios hasta entonces de terror para los hombres, y en adelante de confianza y de misericordia, supuesta la intervencion del divino mediador. Esto es lo que habia hecho decir á David que las almas fieles al Señor se dormirian un dia y descansarian en paz en el seno de Dios (1). Es claro pues que al dirigir el Salvador á los apóstoles estas palabras del profeta rey: « Dormid ya y descansad, » quiso usarlas en el mismo sentido, y significar que habia llegado la hora en que la profecía se cumpliese. Es como si les hubiera dicho: « Ahora que el sacrificio que voy á ofrecer por vosotros ha sido aceptado, que mi sangre está á vuestra disposicion y que os he asegurado el perdon y la proteccion del cielo, podeis reposar tranquilamente en el seno de la misericordia divina, como el niño que duerme un sueño tranquilo en los brazos de su madre. » De modo que lejos de ser estas palabras una reconvencion, son una promesa de la mas tierna caridad.

Además, ¿podia Jesus manifestar algun disgusto á sus apóstoles cuando permanece sereno ante la perfidia de los Judíos y la traicion de Judas; cuando recibe al traidor como á un amigo que vuela á su socorro, y no como á un cruel perseguidor ansioso de inmolarle? Pero prosigamos.

El Salvador nos habia ya dicho que los amadores del mundo muestran mas diligencia y actividad para cometer el mal y para perderse que los partidarios de la virtud para hacer el bien y salvar sus almas (2). Los discípulos fieles se entregan al sueño, mas el discípulo que le entrega no duerme. Él se halla muy ocupado en reunir soldados, en asegurar los puestos y organizar el espionaje, y despues de haberlo dispuesto todo con una astucia diabólica y una horrible sangre fria, se dirige á la hora convenida hácia el huerto Gethsemaní, acompañado de una turba de hombres armados, y se presenta, dice S. Leon, no ya como otras veces cubierto con la piel de oveja, sino con todo el esterior de un lobo furioso y cruel (3).

Estos soldados componian la cohorte que el gobernador romano acostumbraba poner á disposicion del gran sacerdote para la guardia del templo, y este pontífice apóstata, poniéndola á las órdenes

(1) In pace, in idipsum dormiam et requiescam. (*Ps.*)

(2) Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt. (*Luc.*)

(3) Non ovina pelle velatus, sed lupino furore manifestus. (*Serm. L. de Pass.*)

del traidor discípulo, la emplea en hacer prender é insultar al Dios del templo (1).

Esta turba sacrílega estaba engrosada por un gran número de príncipes de los sacerdotes, de doctores de la ley, de senadores y de magistrados del pueblo. Movidos por el bárbaro placer de ser testigos oculares de la captura de Jesus de Nazaret, no se ruborizaban de mezclarse á la vil soldadesca, ni de descender de la dignidad de jueces al puesto infame de verdugos. Aquellos, que no habian podido concurrir personalmente á este acto de iniquidad, tuvieron gran cuidado de hacerse representar en él por sus criados y sus satélites. Por esta causa una gran turba de arqueros, de empleados subalternos y de esclavos, enviados espresamente por los príncipes de los sacerdotes, por los ancianos del pueblo y por los doctores de la ley se habia reunido á la fuerza armada (2), para que pudiera decirse con verdad que toda la nacion, por sus representantes, contribuyó á la captura del Mesías de Jacob.

Además de las espadas y palos de que iban armados todos aquellos hombres, llevaban tambien consigo linternas y antorchas en gran número (3), para impedir sin duda que á favor de la noche pudiese Jesus sustraerse á sus pesquisas, internándose en la espesura del bosque. Con este órden caminan en silencio. Judas á su cabeza los manda y les sirve de guia (4). Esto era muy justo, esclama á este propósito S. Leon, porque la presidencia debia concederse á aquel que entre toda la turba gozaba del privilegio de la perfidia, y que tenia sobre todos ellos la infame primacía de la maldad (5). Y S. Cipriano añade que no siendo esta turba una tropa de soldados, sino una cuadrilla de malhechores, era natural que Judas, como el mas insigne de todos los malhechores, fuese su jefe, su guia y su enseña (6).

Contemplad sin embargo por otra parte lo que sucede en este momento en el Huerto. La escena ha cambiado de repente. El hombre tímido y abatido bajo el peso de una profunda tristeza y de una

(1) Judas ergo cum accepisset cohortem. (*Joan.*)

(2) Cum turba multa, missi à principibus sacerdotum et senioribus populi, (*Matht.*) et scribis. (*Marc.*)

(3) Cum gladiis et fustibus. (*Matth.*)

(4) Judas antecedebat eos. (*Luc.*)

(5) Turba ducem sequitur, qui privilegio perfidiæ obtinuerat in facinore principatum. (*Serm. VII. de Pass.*)

(6) Judas signifer instructa malignitate præcedit. (*De Pass. Dom.*)

agonía mortal ha desaparecido en Jesucristo; al presente solo se ve en él el Dios Salvador, satisfecho de haber prevalecido por nosotros contra el Dios juez, de haber desarmado su justicia y asegurado nuestra participacion en su sacrificio y nuestro derecho á su bendicion eterna; él camina generoso é intrépido como cabeza y modelo de los mártires, á consumar la obra de nuestra salvacion.

Así pues, mientras que sus crueles enemigos vienen á apoderarse de su persona, él que conoce perfectamente la trama urdida contra su vida, y los tormentos que se le preparan, los previene y se adelanta á su encuentro con la confianza de un hombre que sale á recibir á sus fieles amigos que vienen á socorrerle (1). Al pasar junto á sus discípulos les dice: Levantaos, vamos; el traidor está ya cerca (2). Apenas habia hablado cuando Judas se presenta con su turba criminal. ¡O impío sacrilegio! Los ángeles y los santos no se acercan á Jesucristo sino para servirle y adorarle, y Judas no se acerca sino para entregarle! ¿Y qué hará Jesus? ¿Se hará invisible á esta horda sacrílega? No, este Salvador lleno de bondad no huye, no se oculta sino cuando el pueblo, en el esceso de un santo entusiasmo, quiere elevarle al trono; mas cuando se trata de ser elevado por nuestro amor á la cruz, él mismo sale al encuentro de los que le llevan los tormentos. ¡Cuán bello es, esclama á este propósito S. Gerónimo, ver al Redentor presentarse espontáneamente á sus perseguidores y á sus verdugos, cuando está seguro de poder ofrecerse é inmolarse por nosotros! Cuán bello es oirle decir á sus discípulos: «Levantaos, vamos!» á fin de que pudiesen atestiguar un dia el deseo, la calma, la confianza y el gozo de corazon con que el Hijo de Dios se habia ofrecido á la muerte por los hombres (3). Vedle; Judas se aproxima, y Jesus sale á su encuentro. Él mira la traicion con horror, pero quisiera trocar y convertir al traidor, y por lo mismo le recibe con la frente serena y el semblante afable. La dulzura reposa en sus labios, sus palabras están llenas de bondad, su continente es amable; es la imágen viva de la misericordia de Dios, pues que esta misericordia, segun el profeta rey, no deja de correr en busca del pecador ó de salirle al encuentro, ofreciéndole la reconciliacion y el perdon en el tiempo mismo en que el pecador la desprecia y la insulta (4).

(1) Sciens Jesus omnia quæ ventura erant super eum, processit. (*Joan.*)

(2) Surgite, eamus hinc; ecce applopinquavit qui me tradet. (*Matth.*)

(3) Postquam oravit tertio securus de Passione sua pergit ad discipulos, dicens: Surgite, eamus: ut confidentiam et gaudium passuri videant. (*In Matth.*)

(4) Et misericordia tua subsequetur me. (*Ps.*)

Mas, sin embargo de manifestar su amor, con el designio de mover el corazon de estos malvados, no deja por eso de manifestar la independencia y el poder de su Divinidad, á fin de confirmarnos en la fe; y al Dios, que hablando como hombre pedia poco há que se le perdonase, sucede el hombre que habla y obra como Dios, que confunde á sus enemigos y se hace obedecer de ellos.

¡Cuánta no seria en efecto la consternacion de estos criminales al verse sorprendidos por Jesus, cuando pensaban poder sorprenderle fácilmente, y tener la cruel satisfaccion de aterrarle con la llegada repentina de tantos hombres armados! El Hijo de Dios desconcertó su culpable designio; él se presenta á ellos, y les dice con una voz mezclada de dulzura y de majestad: «¿A quién buscais?» No es esto decir, observa Teofilacto, que Jesus, la sabiduría incarnada, no supiese á quien buscaban, sino que de este modo quiso manifestarnos que, aunque estaba en su presencia, no fué conocido de ellos (1).

Mas, si estos malvados no le conocen, nosotros le reconocemos, por este rasgo, por el Dios de la sabiduría que se burla de los designios perversos de los hombres. Jesus, nuevo Eliseo, dice S. Juan Crisóstomo, hirió con ceguedad á esta insolente soldadesca que habia venido á apoderarse de él (2). Del mismo modo que los enviados del rey de Siria no reconocieron á Eliseo, aun cuando estaban en su presencia, y se dirigieron á él mismo para preguntarle donde estaba Eliseo, así estos enviados del príncipe de las tinieblas se encuentran en presencia del Salvador sin conocerle, y preguntan al mismo Jesus donde está Jesus para apoderarse de él. ¡Luego tantas luces no le descubren, tantos ojos no le distinguen, tantas personas como habian estado en su compañía no le reconocen! Concluyamos de aquí, añade S. Juan Crisóstomo, que Jesus va voluntariamente á la muerte por nosotros; que sin su consentimiento no hubieran podido sus verdugos hacerse dueños de su persona, y que se les hubiera hecho invisible sino se hubiera dignado descubrirse á ellos (3).

¿Y de qué sirvió al infame haber dado á los soldados esta consigna: «Aquel á quien yo besare, ese es, prendedle y conducidle con cui-

(1) Sed ostendere volens quia, cum præsens esset, ab eis videri non poterat. (*In Joan.*)

(2) In medio eorum existens, excæcavit oculos eorum. (*Hom.* 82. *in Joan.*)

(3) Hoc autem fecit Jesus ostendens quod non solum comprehendere eum non possent, sed nec videre, nisi ipse consentiat. (*Loc. cit.*)

dado para que no se os escape (1)? » ¿De qué sirvió á Judas haber elegido como señal, para entregar á su Maestro, el beso, que es lo mas sagrado que hay en la amistad? Jesucristo no quiere ser reconocido por esta señal criminal, y por lo mismo la hace inútil. Judas, el vil delator, Judas en presencia del mismo Salvador, no encuentra al que ha convenido en entregar por medio de un beso; Judas que se ha jactado, que ha prometido manifestarle á los demás, no le reconoce él mismo, y responde tambien á Jesus de Nazaret, que él busca á Jesus de Nazaret.

Mas, ¿cómo es posible que Judas, á un paso de distancia de su Maestro, no le reconociese por su dulce voz, por su talle esbelto, por su bella figura, por su semblante apacible y su actitud divina? Esto no debe sorprendernos. Orígenes escribe que una antigua tradicion conservada entre los cristianos de la Judea y llegada hasta él contaba que: A la manera que el maná del desierto ofrecia un sabor diverso segun las disposiciones y el gusto de cada uno, Jesucristo, verdadero maná bajado del cielo, como se llama él mismo, se trasformaba de diversas maneras ante aquellos que le rodeaban, de modo que cada uno le reconocia mas ó menos, ó no le conocia absolutamente, segun las disposiciones de su propio corazon (2).

Pues bien, Judas, al principio confidente de Jesus, se habia vuelto traidor; de discípulo del Salvador se habia convertido en su enemigo; él viene á visitarle en este momento con la hipocresía en la frente, la mentira en los labios y la perfidia en el corazon; por consiguiente no le reconoce. Con este milagro ha querido el Salvador darnos una importante leccion. Ella se dirige principalmente á vosotros, nuevos Judas, herederos de su espíritu de odio, de hipocresía y de avaricia; á vosotros que, esclavos de la vanidad, estais todavía dominados por el orgullo y devorados por el veneno de la envidia; á vosotros á quienes el placer embriaga y la voluptuosidad corrompe. Ciegos por las tinieblas que acumulan en torno vuestro tantas pasiones y tantos vicios, no veis ni podeis ver á Jesucristo. Vosotros no le reconoceis ni aun en el acto mismo en que os jactais de ser del número de sus discípulos y de creer en él. Vosotros no sentis la majestad de su presencia en nuestros templos sagrados; vosotros no

(1) Quemcumque osculatus fuero, ipse est; tenete eum. (*Matth.*) et ducite caute. (*Marc.*)

(2) Venit traditio usque ad me: quod unicuique, prout fuerat dignus, apparebat: sicut manna habebat saporem ad omnem usum convenientem. (*Tract.* 35 *in Matth.*)

gustais las dulzuras de su gracia en la mesa eucarística; vosotros no distinguis el sonido de su voz en la predicacion evangélica; vosotros no esperimentais el amor de sus miradas en sus celestiales inspiraciones. Su presencia os rodea por todas partes, y vosotros no sabeis tributarle un homenaje, dirigirle una súplica, pedirle su amistad ni hablarle de la vuestra. Él es vuestro Redentor, vuestro hermano afectuoso, vuestro amigo fiel, el tierno esposo de vuestras almas, y es para vosotros como sino existiera; él es como un Dios estraño que un muro de division separa de vosotros y que se oculta á vuestros ojos bajo las sombras de un doble misterio: el misterio de su grandeza y el de su justicia (1). Apresuráos pues, infortunados, á conocerle mientras que es todavía tiempo; no aguardeis el dia funesto en que os dirá á su vez que no os conoce, y en que os cerrará irremisiblemente la entrada de su paraíso (2). Porque desgraciado de aquel que haya apartado su vista para no verle, porque será privado para siempre de contemplar su rostro divino en el cielo (3).

Mas en tanto que Judas no puede reconocer á Jesus, los otros discípulos que le ven distintamente se preparan para vengarle. Así pues, o almas humildes y modestas, almas sencillas y puras, almas amantes y fieles, Jesus os renueva en el prodigio que obra la consoladora promesa que os habia hecho en otro tiempo de palabra, que solas vosotras sois las que veis á Jesucristo; porque vosotras le reconoceis en sus misterios, vosotras le admirais presente en su Iglesia, es decir, vosotras le escuchais en su doctrina, vosotras gustais sus delicias en sus sacramentos, y conversais familiarmente con él en la oracion. Vosotras solas sois las que le teneis siempre presente en vuestro espíritu y mucho mas en vuestro corazon, y solas vosotras sois las que, despues de haberle conocido y amado al través de las santas oscuridades de la fe, gozaréis sin obstáculos de su vista despues de la muerte (4). Y lo mismo durante la vida que en vuestra última hora, le encontraréis siempre pródigo de gracias, siempre verdadero y lleno de misericordia: *Misericors et clemens, patiens et multæ miserationis ac verax.*

Este mismo acontecimiento nos descubre tambien otro misterio de justicia con respecto á los Judíos. El acto de buscar á Jesus mientras que está en presencia de ellos es el presagio del inmenso

(1) Peccata vestra diviserunt inter me et vos. (*Is.* 59.)

(2) Nescio vos. (*Matth.*)

(3) Abscondi faciem meam ab eis. (*Ezech.* 339.)

(4) Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. (*Matth.*)

castigo que atraerá sobre toda su posteridad el crímen enorme de que se hacen culpables al presente. Ya hay en efecto diez y ocho siglos que Jesus vive entre los cristianos esparcidos por todo el mundo, y ellos no le perciben. Ellos no pueden dar un paso en el mundo sin encontrarle, y sin embargo no le ven. Ellos no pueden comer el cordero sin tenerle á la vista, y no le reconocen. Ellos no pueden leer una sola página de la Escritura sin oir su voz, y no la distinguen. Si les gritais: ¿Qué buscais, desgraciados? Ellos os responden todavía hoy que esperan continuamente al Mesias, que buscan á Jesus de Nazaret. El Mesías sin embargo vino; Jesus está al lado de ellos; mas, repudiado por sus padres y detestado por ellos mismos, los deja en su ceguedad (1).

Y si preguntais igualmente á los herejes y en particular á los protestantes: « ¿Qué quereis? ¿qué buscais despues de trescientos años, con la lectura continua de la Biblia? ¿Para qué tantos exámenes y tantas investigaciones, tantos esfuerzos y tantos viajes, tantos estudios y tantas disputas? » Ellos os responden al momento que buscan la verdadera Religion, la verdadera Iglesia de Jesucristo. Y sin embargo esta Religion y esta Iglesia existen muy cerca de ellos; á saber la Iglesia Católica, la Religion Católica. Ellos la encuentran aun en el seno mismo de sus familias, en la persona de sus padres que en gran número abraza el Catolicismo, y sin embargo no la distinguen, y buscan siempre y vuelven á buscar continuamente á Jesus de Nazaret.

Esto consiste en que animados de los mismos sentimientos que el discípulo infiel, buscan á Jesus con el espíritu lleno de orgullo y el corazon henchido de odio, de injusticia, de aversion y de una fe corrompida; y como la verdadera fe de Jesucristo no se encuentra en el camino del orgullo y de la obstinacion, estos desgraciados cristianos, imitadores de los gentiles de otros tiempos, sufren su mismo castigo. De modo que puede aplicárseles lo que S. Pablo decia de los Gentiles: « Ellos persiguen la verdad sin descanso, y ella se les escapa siempre, y cuando se glorian de haber encontrado la verdadera sabiduría, no han encontrado otra cosa que la duda, el error y la locura (2).

¡O misterio profundo! En tanto que las sectas disidentes buscan

(1) Ut videntes non videant, et audientes non audiant neque intelligant. (*Is.* 44.)

(2) Semper discentes et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes. (*I Tim.* 2.) Sapientiam quærunt. et stulti facti sunt. (*I Cor.* 1.)

en vano la verdadera Iglesia, pueblos enteros de idólatras en la India, en la China, en el Africa, en las dos Américas y en la Oceanía la encuentran sin buscarla; en tanto que Jesus Nazareno se hace invisible á los ojos soberbios del hereje que pretende verle, se descubre por sí mismo al humilde idólatra que no le conoce ni pregunta por él. Así es como se verifica esta prediccion: « Yo he sido encontrado por los que no me buscaban, y me he hecho ver de los que no preguntaban por mí (1).

Cristianos desgraciados, á quienes el error ciega y la presuncion degrada, ¡ay! buscad á Jesus y á su Iglesia con la rectitud de corazon y la humildad de espíritu, con que los buscan esos Gentiles afortunados, y los encontraréis como ellos. Buscad á Jesus en tanto que os concede dias para ello, en tanto que está cerca de vosotros, que os llama y os espera (2), y no os espongais á buscarle á la hora de la muerte, cuando, sorprendidos en vuestro pecado de orgullo y de rebelion, no podréis verle ni encontrarle (3). ¿Mas, qué digo? Vosotros le veréis, vosotros le encontraréis, mas no será entonces ese Padre tierno, ese Dios clemente, ese Redentor misericordioso que quiere salvaros; será un Dios de majestad, un juez severo que os llenará de espanto y pronunciará contra vosotros una sentencia de condenacion. Esta vista será formidable; y la manera terrible con que Jesucristo se manifestó á los Judíos en el Huerto no fué mas que el preludio y la figura.

Cuando á esta pregunta de Jesus: « A quién buscais, » respondieron los Judíos que buscaban á Jesus de Nazaret, el Salvador añadió: « Yo soy. » Esta palabra estaba sin duda llena de dulzura y de modestia; mas Jesus, segun la profecía, le habia comunicado la virtud de Dios (4). Todos los que la oyeron fueron heridos por ella como por un rayo, y de repente toda aquella turba de hombres armados, y el mismo Judas con ellos, helados de espanto, caen los unos sobre los otros y son derribados en tierra.

¡O palabra! ¡O prodigio! ¿Por qué caen todos esos hombres en un momento? Esto sucede, dice S. Augustin, por el poder de Jesus,

(1) Inventus sum à non quærentibus me; palam apparui his qui me non interogabant. (*Rom.* 10.)

(2) Quærite Dominum, dum inveniri potest; invocate eum, dum prope est. (*Is.* 55.)

(3) Quæretis me et non invenietis, et in peccato vestro moriemini. (*Joan.* 7.)

(4) Dabit voci suæ vocem virtutis. (*Ps.* 67.)

que puede hacer todo cuanto quiere (1). Esto sucede porque Dios está oculto en el cuerpo de este hombre. ¿ Dónde está ahora el aparato formidable de tantas armas ? ¿ Dónde está el odio furibundo de tantos verdugos? Una sola palabra pronunciada por un hombre sin defensa los hiere, los vence y los derriba en tierra (2).

Esto es, añade S. Cirilo, lo que hace este espectáculo magnífico y digno de fijar la admiracion de nuestra fe. ¡Cuán bello es en efecto ver una cohorte de mil soldados reunida á un número igual de hombres armados, todos tímidos y temblando, y derribados por una sola palabra de Jesucristo ! ¡ Cuán bello es contemplar al que, lleno poco há de espanto y de tristeza ante sus discípulos, se hace de pronto tan terrible á sus enemigos ! ¡ Cuán bello es reconocer por este rasgo la omnipotencia de Dios que se manifiesta en Jesucristo en el momento en que presenta sus manos á las cadenas como el último de los hombres (3) !

Mas, ¡¡o grandeza del misterio cristiano ! Esta palabra : « Yo soy : *Ego sum,* » que resonó en otro tiempo tan terrible sobre el Sinaí, ha tenido ahora en Gethsemaní un eco todavía mas terrible. Esta palabra, que conquistó al egipcio, confunde ahora al judío, y nos revela claramente que el que la pronuncia es el mismo Dios omnipotente. A esta palabra caen todos por tierra ; solo Jesus permanece en pié. Así se representa de una manera sensible la deferencia que hay entre el Criador y la criatura. Solo Jesus *es*, solo Jesus existe por su propia virtud ; todo lo demás solo tiene una existencia precaria, una vida prestada, y por esta razon todo lo demás existe como sino existiera. « Yo soy el que soy. » Y en efecto todo tiembla en su presencia ; el universo se desploma, se deshace y se aniquila. Jesus solo es grande, Jesus solo reina y manda. Jesu solo es Dios.

Cesad de hablarme, esclama S. Ambrosio, de esas legiones de

(1) Quare ceciderunt, nisi quia hoc volui, qui potui quidquid volui? (*Tract.* 118. *in Joan.*)

(2) Ubi nunc militum cohors, et ministris principum et pharisæorum? Ubi terror et munitiones armorum? Nempe una vox turbam odiis ferocem, armisque terribilem, sine ullo telo percutit, repulit, stravit. (*Ibid.*)

(3) Invasit eos illico timor, et prostrati et exanimes jacuere solo ; et armatam cohortem vox unius hominis terruit, et latens in humanitate omnipotentia. Et qui se discipulis pavidum, coram persecutoribus terribilem se exhibuit. (*In Joan.*)

ángeles que él podía hacer bajar del cielo para que le defendiesen. Ese socorro hubiera dado importancia al poder de sus enemigos, y hubiera hecho dudar del suyo. Al derribarlos con una sola palabra, se muestra todavía mas formidable. De ese modo resplandecen mas su majestad, su poder y su divinidad ; esa es una prueba incontestable de que él se basta á sí mismo, que es fuerte por su propia fuerza, que puede quitar la vida á esos malvados, supuesto que les quita el poder de obrar ; esa en fin la prueba de que Jesus es el Dios preconizado por los profetas, que cuando le place, puede confundir con un soplo la impiedad, y aniquilar el impío (1).

Mas ¡ ay ! no puede contemplarse esa turba de judíos y de romanos derribados por la palabra del Redentor, sin pensar en la multitud de pecadores que en ese mismo valle quedarán mudos de espanto al oir á Jesucristo repetirles desde su tribunal esta palabra : « ¡ Yo soy ! Sí, yo soy, dirá en ese gran dia, cuando se manifieste al mundo con todo el esplendor de su gloria, con todo el aparato de su justicia y de su majestad ; yo soy. ¿ Me conoces ahora, filósofo orgulloso, que rehusas creer mi religion ? ¿ Me conoces tú, hereje obstinado, que niegas la verdad de mi doctrina ? ¿ Me conoces, insensato cismático, que desgarras el seno de mi Iglesia ? ¿ Y tú tambien, católico sacrílego, me conoces ? ¿ Vosotros todos, voluptuosos, avaros, soberbios, hipócritas, vengativos, que habeis violado mi fe, profanado mis sacramentos, deshonrado mi templo, ridiculizado mis ministros y hollado mi sangre, me conoceis ahora ? Yo soy aquel cuya justicia habeis provocado con tanta frecuencia y con tanta audacia, cuya paciencia habeis fatigado y cuyo amor habeis despreciado : *Ego sum.* Reconocedme, y esperimentad en mí vuestro Dios y vuestro juez, ya que no habeis querido amarme como á vuestro Dios y vuestro Redentor.

Desgraciados pecadores, esclaman S. Augustín y S. Leon, ¡cómo podremos entonces resistir la mirada severa y el semblante irritado del Dios de las venganzas, supuesto que los Judíos en el huerto de las Olivas sintieron que sus fuerzas les abandonaban en presencia del Dios de las misericordias ! ¡ Qué consternacion, qué terror profundo no producirá en nuestros corazones esta palabra, pronunciada con un tono amenazador por la majestad del Dios que vendrá á juzgar al mundo, supuesto que causó tanto terror cuando fué pronunciada por el Dios compasivo que iba á ser juzgado ! ¡ Cuán terrible será

(1) Et spiritus labiorum suorum interficiet impium. (*Is.* 11.)

Jesus cuando venga á reinar, si se muestra tan terrible ahora que va á morir (1)!

Sin embargo, no era aquel aun el tiempo de justicia y de su venganza, era por el contrario el dia de su clemencia y de su misericordia, y por esta razon con la misma voz omnipotente que habia paralizado y derribado á los Judíos, les manda que se levanten, y les vuelve el movimiento y la libertad.

Mas! ¡ay! qué terrible misterio se nos revela en este hecho! El misterio del hombre llegado al endurecimiento en el pecado. ¡Corazon de roca! La misericordia divina no puede ablandarle ni los beneficios atraerle; los castigos no le doman; la dulzura le hace insolente; la severidad le hace perverso, él se envanece en la prosperidad; se desespera en la desgracia, se vuelve sordo, ciego, insensible á todo lo que puede moverle y convertirle; los mas grandes prodigios no hacen otra cosa que condenar las tinieblas que le cubren y afirmarle en su endurecimiento.

Ved á los Judíos en el Huerto. Derribados mortalmente por una palabra de Jesucristo, se ven vueltos á la vida. Este fué un prodigio evidente que cada uno de ellos esperimentó en sí mismo, y lo vió en los demas, y de que fué á un tiempo mismo parte y testigo, y sin embargo este prodigio tan estraordinario del poder y de la bondad del Salvador no produjo en ellos la mas leve impresion. Los sacerdotes y los fariseos fueron los primeros en querer oscurecerlo, y su ejemplo movió á los otros á no hacer aprecio de él ó atribuirlo á un vértigo natural. La prontitud misma con que fueron levantados del suelo acabó de obcecarlos, y, si ingratos, ciegos, pérfidos eran cuando cayeron, dice S. Augustin, se encontraron al levantarse todavía mas pérfidos, mas ciegos y mas ingratos (2).

Mas el que en esta circunstancia solemne se mostró mas ingrato, mas pérfido y mas tereo que todos fué, dice S. Juan Crisóstomo, el traidor discípulo. Derribado en tierra con todos los otros, levantado como ellos á una señal de su Divino Maestro, no solo abusa del doble milagro obrado en favor de todos, no solo no vuelve en sí mismo y se convierte, sino que llevando mas lejos que los otros la perversidad y el descaro, añade la impiedad, la hipocresía y el in-

(1) Quid jam poterit majestas judicatura, cujus tantum potes humilitas judicanda? (*Leo. Serm. V. de Pass.*) Quid regnaturus poterit, qui moriturus hoc potuit? (*Aug. Trac.* 112. *in Joan.*)

(2) O insensati Judæi! Interrogastis, et cecidistis; levati estis, et ingrati estis. (*Serm. CXXI. de Temp.*)

sulto á la ingratitud y á la perfidia. S. Pablo dice que la pasion de las riquezas ha hecho perder la religion y la fe á un gran número de cristianos (1). Judas fué una prueba terrible de esta verdad. La avaricia le habia hecho perder la fe. El cesó de creer que Jesucristo era Dios, y por esta causa, dice Teofilacto, se lisonjeaba el pérfido de engañar á su Maestro con el beso de la amistad, ocultarle así la perversidad de su corazon, y pasar todavía por su amigo y su discípulo, cuando era el enemigo que le vendia. Con este pensamiento se acerca al Salvador con una benevolencia afectada y una calma hipócrita. Maestro, le dice, yo os saludo. ¡Pérfido! le llama su Maestro en el momento en que va á entregarle como á un vil esclavo por unas cuantas monedas de plata. Le llama su Maestro cuando, apóstata cobarde, ha abandonado su divina escuela para secundar las inspiraciones y cumplir la obra del infierno.

El Mesías habia anunciado por su profeta que la boca del hombre de pecado, del hombre eminentemente hipócrita, se abriría para urdir la perfidia¡ Y bien! dice S. Gerónimo, ved aquí como Judas se presenta en este momento á Jesus. Él no le saluda, él no le habla sino para entregarle. La profecía se cumplió en él (2).

¿Y qué hace Jesucristo? ¿qué le responde? Jesus ve toda la negrura de ese corazon abominable, de esa naturaleza infernal, él mide toda la profundidad de su malicia, y sin embargo en vez de una mirada que le confunda, de una amenaza que le aniquile, echa sobre Judas una mirada llena de amor y le dirige una palabra de dulzura que pueda convertirle. « Judas, le dice, amigo mio, ¿tú aquí? ¿y á qué has venido? »

¡Amigo mio!... Qué título para un mónstruo que ha dicho pocos instantes há: « ¿Qué quereis darme y yo le entregaré vivo en vuestras manos? » ¡Amigo mio!... ¡Ay! ¿quién hubiera esperado una palabra tan llena de dulzura y de amor de parte de un Dios ultrajado, de un Salvador entregado? La traicion está conocida; la traicion está descubierta; Judas se adelanta para poner el sello con la mas negra perfidia, y Jesus le da todavía el nombre de amigo. ¿Será cierto, o Dios de bondad, que Judas podia todavía tener derecho á vuestra amistad con tal que desistiese de su crímen? Sin duda alguna. El Salvador quiso manifestarnos claramente por su conducta que aun-

(1) Quam quidam appetentes, erraverunt à fide. (*I. Thimot.*)

(2) Venit Judas ad Dominum, ut eum tradat. Ecce os peccatoris et dolosi. (*In Ps.*)

que el pecador haya descendido hasta la perfidia y el endurecimiento, no deben sus ministros desesperar de su conversion ni el pecador mismo de su perdon hasta el último instante. ¡ O misericordia de mi Dios! ¡Cómo se descubre aquí vuestra ternura! Del mismo modo que una tierna madre cuando ve de repente que su tierno hijo está próximo á caer, corre, vuela para detenerle en el borde del precipicio, así Jesus, cuando ve á su infortunado discípulo próximo á consumar su reprobacion con su pecado y á precipitarse en los infiernos, emplea con él todo el poder de la caridad para ablandar su corazon endurecido, y volverle á la gracia, á la salvacion y á la vida (1).

Y en efecto, ¿qué palabras pudieran emplearse mas propias para convencer á Judas del horror de su traicion, y de la bondad del que va á entregar, y para volver al traidor al camino del arrepentimiento, que estas de Jesucristo : « Amigo, ¿á qué has venido? » Porque esto era decirle : Judas, ¿piensas tú que ignoro el horrible designio que te ha traido aquí? ¿Piensas que no sé el bando criminal á que te has afiliado, el papel infame á que has descendido, la mision cruel de que te has encargado y el abismo de bajeza y de perfidia en que has caido?

¡Quién lo creyera! Estas palabras tan dulces, pronunciadas por Jesus con un acento particular de enérgica solicitud y de tierno amor, estas palabras capaces de romper el corazon mas duro y derretirlo en lágrimas, no hacen impresion alguna en el de Judas ni cambian su resolucion; él se acerca á Jesus para imprimir en su frente el beso homicida... Detente, detente, le gritan en este acto los Padres de la Iglesia. O Judas, le dice en primer lugar S. Agustin, ¿qué infame sacrilegio es el tuyo? Tú haces que el signo de la paz sirva para romper el Sacramento mismo de la paz; tú empleas una prenda de amor para hacer una profunda herida, y bajo el símbolo de la amistad das la muerte (2). Judas, le grita á su vez S. Ambrosio, ¿cómo osas acercar tus lábios impuros á un rostro sagrado, en el que apénas osó María imprimir con el mayor respeto sus castos besos?

(1) Amantis affectu corripit. (*Theoph. in Joan.*) Studens sua longanimitate illum lucrari. (*Ambros. in Luc.*) Et hoc benignatis suæ fuit, ut omnia illa exhiberet quæ pravi cordis pertinaciam emollire possent. (*Bernard. Serm. de Pass.*)

(2) O signum sacrilegum ubi, per pacis signum, pacis rumpitur sacramentum! O Juda, pro pignore amoris, vulnus infligis; pacis argumento, mortem immitis. (*Serm. XV, de Temp.*)

¿Cómo osas venir á derramar el veneno de la perfidia en esa boca divina de donde proceden la gracia y la verdad, y convertir en signo de traicion el beso, esta espresion de amor, esta prenda de amistad, este sello de fidelidad (1)?

¡Dulce Salvador mio, esclama igualmente S. Bernardo, Dios de infinita bondad! Y qué, ¿no os contentais con llamar amigo al traidor que os entrega, sino que aplicais tambien amorosamente vuestra boca divina que no conoce la doblez á esta boca del infierno, de donde no sale otra cosa que la malignidad y la perfidia? ¡Ah! Vos tocais todos los resortes para mover el corazon de vuestro infiel discípulo, y para volverle al camino de la salvacion haciéndole conocer todo el horror de su perfidia (2).

Mas, ¿podémos nosotros decir á Judas una cosa mas sensible que estas dulces palabras que Jesus le dirige : « Judas, tú entregas al Hijo del Hombre con un beso? » Porque, observad en primer lugar que él le llama por su nombre, y le prueba de este modo, segun S. Juan Crisóstomo, que, lejos de estar irritado contra él, le llora vivamente y quisiera verle volver en sí y salvarse. No hay efectivamente una señal de afecto y de interés como la de hablar á alguno llamándole por su nombre. En segundo lugar, Jesus no dice á Judas : « Tú entregas al Hijo de Dios, por no aterrarle con la idea de su poder y de su justicia; sino que le dice : « Tú entregas al Hijo del Hombre, » á fin de atraerle mejor por el recuerdo de su dulzura y de su bondad (3). Sí, observa igualmente S. Ambrosio, por estas palabras salidas del fondo de su corazon, y sacadas de los tesoros de su bondad divina, Jesus da á entender á Judas que conoce su traicion, mas al mismo tiempo le ofrece de nuevo el perdon (4). Ved aquí por que, añade S. Bernardo, no muestra el Cordero divino repugnancia alguna á dejar que se aproxime esta bestia feroz, ni su boca inmaculada repele el contacto de los labios impuros de Judas (5). Él no se

(1) Venenum infundis osculo; quo gratia charitatis infunditur, quod pacis insigne est, quo fides sancta signatur. (*In Pas.* 39.)

(2) Os, in quo dolus inventus non est, ori quod abundavit malitia dulciter applicuisti, et illum commovisti; et dicens : Amice, horrore sceleris sui cor impii ferire voluisti. (*Serm. de Pass.*)

(3) Proprium nomen ponit : quod erat magis dolentis et revocantis, quam provocati ad iram. (*Caten. in Luc.*)

(4) Consilium proditionis aperitur, et adhuc pœnitentia non negatur. (*In Ps.* 39.)

(5) Accedentem ad osculum sanatissimi oris trucem bestiam adversatus non est. (*Serm. de Pass. Dom.*)

aparta, él no muestra un rostro severo, él no retira su frente, sino que sale al encuentro del pérfido, se arroja á él, le abraza y recibe su beso.

Detengámonos aquí un instante á considerar á Jesus enlazando sus brazos con los del traidor discípulo. Venid á contemplar conmigo esta escena de ternura y de amor, vosotros impíos, herejes, ó pecadores, á quienes los muchos estravíos de vuestro espíritu, la perversidad de vuestro corazon, los escándalos de vuestra vida, vuestras costumbres voluptuosas, vuestros odios crueles y vuestras fogosas pasiones han desmoralizado y desanimado hasta el punto de haceros desesperar de vuestro perdon y de vuestra salvacion, y de haceros mirar como inevitable vuestra condenacion eterna; ¡ah! fijad vuestras miradas en este cuadro único que nos ha trasmitido el pincel de los evangelistas. Ved á Jesus estrechando á Judas entre su amorozos brazos, la santidad confundida con el pecado, Dios con el hombre, la bondad y el amor con la perfidia y el odio; esta es la espresion sensible, la pintura viviente de la misericordia de Dios, cuyo seno está siempre pronto á recibiros, cuyo corazon está siempre abierto para abrigaros, y que está siempre dispuesto á volveros su amistad y á sellarla con el beso de la reconciliacion. Cobrad ánimo, elevad vuestras miradas al cielo y abrid vuestro corazon á la confianza y al amor. Cuando Judas se haya retirado, arrojáos en lugar suyo en los brazos de Jesus, seguros de que ese testimonio de afecto, que no fué rehusado á un Judas, tampoco lo será á ningun pecador por culpable que sea. Judas, aunque soberbio, cruel y obstinado en su crímen, no fué rechazado, sino por el contrario acogido en los brazos de Jesus; vosotros tampoco seréis rechazados cuando os presenteis á él con un corazon contrito y humillado.

En cuanto á mí, pobre pecador, os confieso que el beso que Jesus concede á Judas me habla de la misericordia divina mucho mas que la mirada amorosa que arroja sobre Pedro, mas que el perdon que otorga á la Magdalena, mas que la alianza divina prometida á Zaqueo, y mas aun que el paraíso abierto al malhechor. En esta circunstancia veo á esta divina misericordia confirmar la verdad de las consoladoras promesas que ha hecho á los pecadores arrepentidos; yo la veo desplegar toda la grandeza de su clemencia infinita y toda la ternura de su inmensa caridad: y confundido de admiracion y lleno de emocion, no sé hacer otra cosa que llorar la ternura, afirmarme en mi esperanza, herir mi pecho con la contricion, y esclamar en los transportes de mi reconocimiento: «¡O Rey de reyes, Señor Dios, Dios caritativo, paciente y rico de misericordia, Dios de verdad; vos sois el que haceis misericordia hasta la milésima generacion, y el que borrais la iniquidad, el crímen y el pecado!»

SEGUNDA PARTE.

El misterio de la perfidia de Judas fué figurado y anunciado en la Escritura Sagrada desde el principio del mundo. Caín que bajo el manto de la mas astuta hipocresía, oculta la perversidad de su alma; que engaña al inocente Abel su hermano con la miel de sus palabras y con sus fingidas caricias; que, despues de haberle asegurado su amistad, le invita á salir al campo como por recreo, y le hiere y le sacrifica á su envidia, á su odio y á su credulidad, fué segun S. Gerónimo, el tipo profético de Judas. Y en efecto, el discípulo infiel se presenta á Jesus en el campo de Gethsemaní con la simulacion en el rostro y el odio en el corazon; él trata de engañarle con un saludo hipócrita, con un pérfido beso, y le entrega en manos de sus enemigos (1).

Judas, prosigue S. Leon, á ejemplo de Caín mató tambien al verdadero Abel, pues el beso con que le designó á los Judíos fué el primer golpe, y el mas cruel de todos, que quitó la vida á Jesus (2).

Mas, ¡ay! dice Orígenes, la raza de este traidor desgraciamente no se extinguió en él. Todos los herejes que pretenden tener á Jesus por Maestro, y corrompen su Escritura, alteran su doctrina é insultan su Iglesia, son otros tantos Judas (3). Todos los malos sacerdotes que se acercan al altar para alabar y bendecir á Jesucristo, para darle el beso de paz y alimentarse de su carne, pero que se acercan con un corazon inmundo, enemigo de la cruz y de la santidad cristiana, son igualmente otros tantos Judas; porque profanan el mas santo de los misterios, y trafican con la sangre divina de Jesucristo, como Judas, por un vil interés. Tambien pertenecen á la raza de Judas esos malos cristianos que vienen al templo bajo pretesto de oir la palabra de Dios, y de asistir á las divinas lecciones de Jesucristo, *Ave Rabbi*, y que por la inmodestia de sus miradas, por la indecencia de su postura, y de sus maneras, son el escándalo de muchos

(1) Dat Judas signum osculi cum veneno doli. Sic Caín obtulit sacrificium subdolum et reprobatum. (*In Matth.*)

(2) Signum traditionis sæviore omnibus telis, osculo præbuit. (*Serm. V. de Pass.*)

(3) Omnes hæretici sicut Judas, Jesu dicunt: Rabbi. (*Hom. 35. in Matth.*)

cristianos para quienes hacen inútil el precio de la Redencion. Son finalmente Judas esos viles hipócritas que, durante el tiempo pascual, se acercan al tribunal de la penitencia, y despues se sientan en la mesa eucarística como si quisiesen reconciliarse con Jesucristo, abrazarle y hacerse sus amigos fieles, mientras que su corazon no se ha mudado; mientras que están prontos á volver á la vida de escándalo y de pecado que solo interrumpen por algunos instantes; mientras que en estos actos esteriores de religion no se proponen otra cosa que engañar al público, á sus padres, ó á sus superiores, y conjurar el anatema de la Iglesia; mientras que solo dan al Señor un beso impío, pues salen del santo tribunal sin tener un pecado de menos y cargados con dos sacrilegios mas. En una palabra, son traidores y fementidos como Judas todos los hipócritas que afectan en sus discursos por la verdad, la virtud y la religion, un celo y un amor que no tienen en el corazon.

Pero ¡cuán lamentable es la suerte de todos estos traidores! Al acercase á Jesus con semejantes disposiciones, reciben un abrazo que no los convierte, un saludo que no los santifica y un beso que no los salva. ¡Ay! esta bondad y esta misericordia de Jesucristo producen para ellos lo mismo que para Judas una justicia mas severa y un castigo mas terrible. No seamos nosotros del número de esos pérfidos á quienes la traicion y la mala fe conducen á la impenitencia y á la condenacion. Escuchemos por el contrario á David que en el salmo segundo, segun el testo hebreo, nos invita á abrazar devotamente al hijo: *Osculamini filium*. Porque este hijo no es otro que aquel de quien dijo Isaías: « Un niño nos ha nacido; un hijo nos ha sido dado (1). » Este es aquel hermano tan amable, aquel esposo amoroso de nuestras almas, cuya compañía buscaba y cuyos besos ansiaba la esposa sagrada de los Cantares (2). Este hijo es Jesucristo, y la manera de saludarle sin ultrajarle, de darle el beso sin hacerle traicion, de estrecharle en nuestros brazos sin aprisionarle; el modo de manifestarle el amor que espera de nosotros y que nos promete, es, dice S. Bernardo, servirle con un afecto verdadero, y observar con obras santas la doctrina que nos trajo del cielo, al mismo tiempo que la profesamos con nuestras palabras (3). No cesemos de

(1) Puer natus est nobis, filius datus est nobis.

(2) Quis mihi est te fratrem meum et inveniam te, et deosculer te? Osculetur me osculo oris sui. (*Cant.* 1. *et.* 8.)

(3) Osculum gratiosum est, quando jucunda inspiratione trahimur ad bene agendum. (*Lib. Sentent.*)

abrazar de este modo á ese Hijo divino: *Osculamini filium*. Porque en cambio de nuestros piadosos besos él nos dará, como nos lo ha prometido, riquezas de misericordia y de amor; él mismo vendrá á estrecharnos entre sus brazos, y á prodigarnos sus caricias á la hora de la muerte en los últimos sacramentos, y de este modo acabaremos nuestra vida en el beso del Señor. Dichoso beso para nosotros, esclamaré yo con S. Bernardo, afortunado beso, prueba admirable de las complacencias divinas, admirable beso, que no solo aproxima un rostro á otro rostro, una boca á otra boca, sino que une el Criador á la criatura, el hombre á Dios, en el tiempo y en la eternidad (1). *Así sea.*

(1) Felix osculum ac stupenda dignitate mirabile, in quo non os ori imprimitur, sed Deus homini unitur. (*Serm. II. in Cant.*)